

# ESTUDIOS BÍBLICOS

VOLUMEN LXXI / AÑO 2013 / MAYO-AGOSTO / CUADERNO 2



UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

EN COLABORACIÓN CON

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA



EDICIONES  
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

## **ESTUDIOS BÍBLICOS**

Fundada en 1927 como *Revista Española de Estudios Bíblicos*  
Desde 1941, *Estudios Bíblicos*

### **DIRECTOR**

Ignacio CARBAJOSA - director.estbib@sandamaso.es

### **SECRETARIO EDITORIAL**

Andrés María GARCÍA SERRANO - secr.estbib@sandamaso.es

### **RECENSIONES**

Luis SÁNCHEZ NAVARRO - recensiones.estbib@sandamaso.es

### **CONSEJO DE REDACCIÓN**

Por la Universidad Eclesiástica "San Dámaso" (UESD): Carolina AZNAR SÁNCHEZ (St. Louis University); Agustín GIMÉNEZ GONZÁLEZ (UESD); Luis SÁNCHEZ NAVARRO (UESD)

Por la Asociación Bíblica Española (ABE): Carmen BERNABÉ UBIETA (Deusto); Juan CHAPA PRADO (UNAV); Elisa ESTÉVEZ LÓPEZ (Comillas)

### **COMITÉ ASESOR**

R. Aguirre (Deusto, Bilbao); G. Aranda (UNAV, Pamplona); Ch. Begg (CUA, Washington); U. Berges (Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität, Bonn); N. Caldich-Benages (PUG, Roma); J. Corley (St Patrick's College, Maynooth); J. M. Díaz Rodelas (FTV, Valencia); L. Díez Merino (UB, Barcelona); C. Dohmen (UR, Regensburg); N. Fernández Marcos (CSIC, Madrid); F. García Martínez (Qumran Institute, Gröningen); F. J. Matera (CUA, Washington); D. Muñoz León (CSIC, Madrid); R. Penna (PUL, Roma); M. Pérez Fernández (UGR, Granada); F. Pérez Herrero (FTN, Burgos); É. Puech (EBAF, Jerusalén); A. Puig i Tàrrach (FTC, Barcelona); A. Rodríguez Carmona (FTG, Granada); J. M. Sánchez Caro (UPS, Salamanca); Th. Söding (Ruhr-Universität, Bochum); Y. Simoons (Centre Sèvres, París); J. L. Ska (PIB, Roma); J. Treballe Barrera (UCM, Madrid); A. Vargas Machuca (Comillas, Madrid); A. Wénin (UCL, Lovaina).

## ÍNDICE

### ESTUDIOS

- La vida de los manuscritos bíblicos.  
Cuando la tradición de lectura se hace Escritura \_\_\_\_\_ 169  
IGNACIO CARBAJOSA
- The Suffering Servant Theme as a Summation of God's Salvific Plan  
and a Subject of Interest in the NT in General \_\_\_\_\_ 201  
DOMINIC OBIELOSI
- Jesús e Israel en el evangelio de Mateo \_\_\_\_\_ 217  
LUIS SÁNCHEZ NAVARRO
- The Basic Meaning of Righteousness and the Pauline Quote of Gn 15:6 \_\_\_\_\_ 235  
JOSÉ ENRIQUE AGUILAR CHIU
- Del palabrerío a la vida íntegra y coherente:  
La religión según Santiago 1,26-27 \_\_\_\_\_ 271  
AQUILES ERNESTO MARTÍNEZ

### BIBLIOGRAFÍA

- Nota bibliográfica \_\_\_\_\_ 295  
E. L. GALLAGHER, *Hebrew Scripture in Patristic Biblical Theory* (A. Sáez Gutiérrez: 294-305).
- Recensiones \_\_\_\_\_ 307  
KALMAN, J., *Hebrew Union College and the Dead Sea Scrolls* (F. Sen: 307-308). ANDIÑACH, P. R., *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento* (A. Giménez González: 309-311). LICHTERT, C., *L'intrigante bénédiction* (A. Wénin: 310-313). MARGUERAT, D. – WÉNIN, A., *Saveurs du récit biblique* (C. Jódar Estrella: 314-317). WILLI, TH., *Israel und die Völker* (D. Markl: 318-319). WAGNER, TH., *Gottes Herrlichkeit* (M. Nobile: 319-323). LILLY, I. E., *Two Books of Ezekiel* (C. Grana-dos García: 323-326). DUNN, J. D. G., *Comenzando desde Jerusalén I-II* (S. Guijarro: 326-332). GUI-JARRO, S., *La primera evangelización* (J. M. Magaz: 332-335). ESTÉVEZ LÓPEZ, E., *Las mujeres en los orígenes del cristianismo* (C. Lanoir: 335-338). PIKAZA, X., *Evangelio de Marcos* (S. Grasso: 338-344). GASPARRO, L., *Simbolo e narrazione in Marco* (P. Mascilongo: 344-348). SOLICHIN, V. R.,

*La figura del seme e il suo compimento* (S. Villota Herrero: 348-350). GARCÍA SERRANO, A., *The Presentation in the Temple* (I. H. Marshall: 351-352). SHERIDAN, R., *Retelling Scripture* (Y. Simoens: 352-355).

**Obras colectivas y misceláneas** \_\_\_\_\_ 356

**Libros recibidos** \_\_\_\_\_ 358

las conclusiones sobre la relación entre Ez 11,17-19 y Ez 36,23c-38: el interés por demostrar que Ez 36,23c-38 es una “antología de expresiones” mueve a nuestra autora a decir que “el capítulo 36 es una reinterpretación del capítulo 11” (204). En realidad, la relación entre Ez 11 y Ez 36 es mucho más compleja de lo que allí se hace ver y la mayoría de los estudiosos presuponen (más cautelosamente) un crecimiento en paralelo de ambos textos. Me parece que un argumento sobre una cuestión de crítica literaria (las relaciones entre Ez 11,17-19, Ez 20 y Ez 36 en el TM) tiene que basarse en razones internas de crítica literaria, no en un presupuesto que viene de otra parte (de la crítica textual) y que prejuzga ya desde el principio lo que hay que demostrar. El riesgo de crear un argumento circular es, de otro modo, muy grande: se acumulan argumentos que precisamente presuponen siempre lo que se debe probar.

Estas críticas no oscurecen el valor de la obra. Las conclusiones finales además matizan mucho algunos elementos, como los mencionados, que aparecen durante el desarrollo y que causan un poco de perplejidad. En el capítulo 7 la autora se muestra mucho más cauta: critica la posición de Lust diciendo que llevó el péndulo demasiado lejos al declarar que el texto de P967 es anterior al del TM (302) y se muestra mucho más cautelosa con las cuestiones relativas a las tendencias. A la postre, las conclusiones finales que aquí encontramos pueden aceptarse en líneas generales: parece ciertamente que el manuscrito P967 no es un testigo “neutral”, tiene unas tendencias, pero es difícil, como reconoce la misma autora, trazar un cuadro claro de las mismas y debe procederse aquí con enorme precaución (cf. 313).

Carlos Granados García – Villaamil 237 – E-28039 Madrid

---

DUNN, J. D. G., *Comenzando desde Jerusalén I-II* (El Cristianismo en sus Comienzos II; Verbo Divino, Estella 2012). 1-760; 761-1460 pp. ISBN: 978-84-9945-243-2; 978-84-9945-305-7. € 60,20; 59,00

*Comenzando desde Jerusalén* es el segundo tomo de la magna obra que está realizando al final de su carrera académica el conocido estudioso del Nuevo Testamento James Dunn. Esta obra, cuyo primer tomo ya ha sido publicado bajo el título *Jesús recordado*, pretende ofrecer una visión de conjunto del proceso de formación del cristianismo desde Jesús hasta finales del siglo II d. C. El segundo tomo está dedicado al estudio de la generación apostólica, cuyo comienzo se sitúa en la muerte de Jesús y cuyo final está bien delimitado por la destrucción de Jerusalén (30-70 d. C.).

Hay que comenzar felicitando a la Editorial Verbo Divino por habernos ofrecido esta magnífica obra en una edición muy cuidada desde todos los puntos de vista

y, sobre todo, por haberlo hecho con tanta rapidez (el original inglés se publicó en 2009). La traducción es, en general, muy buena, la tipografía muy agradable, y la distribución del casi millar y medio de páginas en dos volúmenes, muy oportuna.

El presente tomo sigue la numeración de partes y capítulos del primer tomo, dando así a entender claramente que se trata de una única obra. Consta de cuatro partes: la sexta, que está dedicada a cuestiones metodológicas (caps. 20 y 21); la séptima, que estudia el periodo anterior a la misión independiente de Pablo (caps. 22-27); la octava, centrada en dicha misión (caps. 28-33); y la novena, que trata sobre el periodo posterior (caps. 34-37).

La sexta parte, que lleva por título “Composición de una historia sobre los comienzos del cristianismo”, aborda dos cuestiones de carácter metodológico. La primera (cap. 20) se refiere a los problemas implicados en la tarea de escribir una historia del cristianismo. Teniendo presente la investigación previa en ámbitos teológicos, se detiene en dos temas clave: el paso de Jesús a Pablo y la transición de secta judía a religión gentil. La segunda cuestión estudiada son las fuentes (cap. 21): las noticias de autores paganos, las tradiciones evangélicas y, sobre todo, el libro de los Hechos y las cartas de Pablo.

La séptima parte de la obra está dedicada a “La primera fase”, es decir, a los acontecimientos anteriores al conflicto de Antioquía, que señala el comienzo de la misión independiente de Pablo. El cap. 22 (Comienzo en Jerusalén) evalúa desde un punto de vista histórico las noticias que proporciona Hch 1-2 sobre el periodo que va desde la Pascua a Pentecostés. El cap. 23 (La comunidad más temprana), siguiendo el relato de Hechos (Hch 3-5), se centra en los primeros años de la comunidad jerosolimitana, deteniéndose especialmente en las creencias de este grupo inicial, al que califica como una “secta judía”. El cap. 24 (Los helenistas y la primera apertura), después de identificar una fuente antioquina detrás de Hch 6-15, caracteriza a este grupo particular de judíos de la diáspora que, partiendo de Jerusalén, llevó el evangelio por primera vez a los paganos. El cap. 25 (El surgimiento de Pablo) está dedicado a estudiar los orígenes del apóstol, su proceso de conversión y sus primeros contactos con los diversos grupos de discípulos en Damasco, Jerusalén y, más tarde, Antioquía. El cap. 26 (La misión de Pedro) conecta con lo dicho en el capítulo 23 y describe la misión petrina en Judea y en la costa, analizando los pasajes de Hechos que se refieren a dicha misión (Hch 9,32-11,19; 12), así como las noticias sobre Pedro que Pablo transmite en Ga 1-2. Finalmente, en el cap. 27 (Crisis y conflicto), se estudia la actividad misionera de Pablo y Bernabé como enviados de la comunidad de Antioquía, así como los conflictos surgidos a raíz del anuncio del evangelio a los paganos: la asamblea de Jerusalén y el incidente de Antioquía y sus consecuencias (Hch 13-15; Ga 1-2).

La octava parte de la obra, como revela su título (“Apóstol de los gentiles”), está dedicada a estudiar con escrupuloso detalle la actividad apostólica de Pablo durante el breve periodo de tiempo que va desde el conflicto de Antioquía hasta su arresto en Jerusalén. El detallado conocimiento que el autor tiene de las cartas y de la teología de Pablo, acreditado en numerosas publicaciones, da en esta parte del libro sus mejores frutos. El autor observa acertadamente que “fue durante su misión

del Egeo cuando Pablo escribió la mayor parte de sus epístolas” (605), razón por la cual es en esta parte donde las noticias de Hechos se complementan con un detallado análisis de las cartas paulinas. El cap. 28 (Datos, destinos y distancias) contiene una excelente discusión acerca de la cronología de la vida de Pablo, especialmente del periodo de su actividad como misionero independiente, que Dunn sitúa entre los años 49 y 57 d. C. El cap. 29 (Pablo, el apóstol) es una penetrante indagación sobre la comprensión que Pablo tenía de su apostolado, su estrategia misionera, sus tácticas, la relación con sus colaboradores, el contenido de su evangelio, así como su condición de pastor de almas y autor de epístolas. El cap. 30 (Las iglesias de Pablo) completa el escenario descrito en los dos capítulos precedentes con una descripción de las comunidades paulinas, su contexto doméstico, su relación con otras formas asociativas en el mundo antiguo (*collegia* y cultos religiosos), su composición social y su organización, concluyendo con una interesante reflexión acerca de los contactos que existían entre ellas, a través de la “red cristiana”. Sobre el trasfondo de estos tres capítulos, en los tres siguientes el autor hace una detallada descripción de la misión del Egeo. Renunciando con toda razón a la tradicional división de la actividad misionera de Pablo en diversos viajes, que no tiene ningún fundamento ni en el libro de los Hechos ni en las cartas de Pablo, habla de una única misión que tuvo dos centros de operaciones: Corinto y Éfeso. En el cap. 31 (La misión del Egeo: primera parte) comenta detalladamente 1-2 Ts y Ga sobre el trasfondo del relato de Hechos. Por su parte, en el cap. 32 (La misión del Egeo: segunda parte) se centra en la correspondencia corintia escrita durante la larga estancia del apóstol en Éfeso. Por último, el cap. 33 (El cierre de un capítulo) examina los últimos meses de esta etapa que Pablo pasa en Corinto, dedicado a organizar la colecta que más tarde llevaría a Jerusalén y escribiendo la Carta a los romanos, que, entre otras cosas, sería su tarjeta de presentación a una comunidad que consideraba clave para su proyectada misión a España.

La novena parte, la última de este segundo tomo, se titula “El fin del comienzo”, y en ella se examina desenlace que tuvieron de los diversos “ramales” por los que transitaron los diversos grupos cristianos. El capítulo 34 está dedicado al final de Pablo, que se contempla bajo el prisma de sus sufrimientos (La pasión de Pablo). Sobre el trasfondo del relato de Hch 21-28, se recorren los acontecimientos sucedidos en Jerusalén y Cesarea: el fracaso más que probable de la colecta; y, más tarde, su estancia en Roma, donde sitúa la composición de las Cartas a los Filipenses, a Filemón y a los Colosenses, para terminar con algunas reflexiones acerca de la muerte del apóstol. El cap. 35 (Silencio en torno a Pedro) es uno de los más breves de libro, pero resulta muy interesante por la recuperación que hace de la figura de Pedro y su lugar en la iglesia antigua, reconociendo la duradera importancia de su ministerio. En el cap. 36 (Catástrofe en Judea), el autor retrocede un poco en el tiempo para analizar los datos que tenemos acerca del liderazgo de Santiago en la Iglesia de Jerusalén, que ocupó la mayor parte del periodo apostólico (43-62 d. C.), dejando para el comienzo del siguiente volumen el análisis de los efectos que tuvo en el naciente cristianismo la destrucción de la ciudad y de su templo. Por último, en el cap. 37 (El legado de los dirigentes de la primera generación), analiza tres escritos atribuidos a los

tres personajes que dominan la escena de este periodo: Pablo (Carta a los Efesios); Santiago (Carta de Santiago); y Pedro (Primera carta de Pedro). Los tres escritos se sitúan en el paso de la primera a la segunda generación y pretenden recoger la herencia de los personajes a los que se atribuyen. En un último apartado (El fin del comienzo) retoma algunas de las cuestiones enunciadas en el capítulo inicial de este segundo tomo: continuidad con Jesús, separación del judaísmo, etc, anunciando algunos de los temas que tratará en el tercer tomo.

Una descripción tan somera de los contenidos de este tomo difícilmente puede hacer justicia a los pormenorizados análisis y a las interesantísimas aportaciones que van apareciendo a lo largo de las mil quinientas páginas de este segundo tomo de la obra de Dunn. Son muy detalladas las observaciones sobre el texto lucano y excelentes los comentarios a las cartas de Pablo. Con todo, una obra como esta, que abarca un periodo de tiempo tan estudiado en todos sus detalles, tiene necesariamente que hacer opciones, y estas opciones suscitan inevitablemente una discusión. El valor de un trabajo como este radica, en parte, en su capacidad para suscitar esta discusión que contribuye a clarificar cómo debe abordarse el estudio de este periodo y cómo pueden iluminarse las cuestiones aún no suficientemente aclaradas. Por eso, me parece interesante señalar, aunque sea de forma muy breve, algunas de las cuestiones que la lectura de este libro suscita.

La obra se presenta como un estudio de tipo histórico y, en efecto, la sensibilidad histórica está presente a lo largo de todas sus páginas. Sin embargo, lo que ofrece en realidad es un amplísimo comentario al libro de los Hechos y a las cartas de Pablo. Esta perspectiva del libro se define ya en la primera parte del mismo dedicada a la metodología y las fuentes, pues la discusión metodológica se sitúa en el horizonte de los estudios teológicos, mientras que en la presentación de las fuentes el libro de los Hechos y las cartas de Pablo acaparan la máxima atención. Falta, a mi modo de ver, una discusión metodológica en diálogo con la historiografía moderna, así como el tratamiento de otras fuentes que revelan otras sensibilidades y otras trayectorias del cristianismo naciente.

Como consecuencia de estas opciones metodológicas, el personaje central del tomo, lo mismo que del relato de Hechos, es Pablo. Una sencilla observación lo confirma. De las 1.170 páginas que el libro dedica al estudio de la primera generación (sin tener en cuenta los dos capítulos dedicados a cuestiones metodológicas y los que ocupan la bibliografía y los índices), 775 están dedicadas a Pablo y 395 a los demás personajes y acontecimientos de la primera generación. Es decir, a Pablo se le dedica el doble de espacio que al resto. Más aún, la mayor parte de las 775 páginas dedicadas a Pablo se centran en el periodo de la misión del Egeo que duró no más de ocho años. Es uno de los enfoques posibles, al que el autor se ve impulsado debido a su opción metodológica: “inevitablemente tendrá que centrarse en Pablo gran parte de este tomo” (79). Sin embargo, desde un punto de vista historiográfico esta focalización en Pablo puede producir una visión distorsionada de los orígenes cristianos.

Esta opción, determinada en cierto modo por la centralidad del epistolario paulino en el canon, define un enfoque en el que quedan fuera acontecimientos y tra-



yectorias decisivos para comprender los comienzos del cristianismo. Nada se dice, por ejemplo, de las comunidades joánicas, cuya trayectoria ha sido estudiada por estudiosos muy respetados (R. Brown, R. Fortna, etc), que han identificado fuentes y tradiciones transmitidas durante la primera generación (por ej. la “Fuente de los signos”). Por otro lado, aunque se hace referencia al Documento Q, reconociendo el valor de la hipótesis que lo postula, en este tomo tampoco se estudia la posteridad de Jesús en Galilea, que tantos vestigios ha dejado en la tradición evangélica. Ni siquiera a los adversarios de Pablo, que aparecen una y otra vez en sus cartas, se les presta una atención proporcionada como representantes de grupos de discípulos pertenecientes a otras trayectorias. Tampoco, en fin, se presta la atención debida a la historia del naciente movimiento cristiano en Roma, que ha sido objeto de monografías de gran interés (P. Lampe). Roma aparece en relación con Pedro y, sobre todo, con Pablo, pero no como un capítulo independiente de una historia de los orígenes cristianos.

La óptica asumida en este estudio es la del libro de los Hechos, cuyo valor para reconstruir la primera generación cristiana está fuera de toda duda. Sin embargo, en un estudio de tipo histórico no se debería olvidar que Hechos no es una historia de la primera generación, sino un relato sobre una de las trayectorias del naciente movimiento cristiano. Si se quieren recuperar los comienzos del cristianismo como acontecimiento histórico, es necesario tener muy en cuenta que la perspectiva de Hechos es parcial, y esforzarse por la atención adecuada a los datos que hablan de otras trayectorias y revelan el rostro plural de estos orígenes.

Una cuestión fundamental en esta primera generación es su conexión con Jesús. El autor lo reconoce y le concede un puesto privilegiado al enunciar el problema al comienzo y retomarlo al final. Sin embargo, en el planteamiento que hace de este problema solo se aborda un aspecto del mismo: el de la continuidad del proyecto iniciado por Jesús. Al centrarse en este aspecto, el autor descuida otro que es determinante para explicar la conexión histórica entre Jesús y la primera generación: la continuidad de las personas. En el prólogo de su evangelio, Lucas se refiere a “quienes fueron testigos oculares y luego llegaron a ser servidores de la palabra” (Lc 1,2). Se trata de las mismas personas, que estuvieron presentes durante el ministerio de Jesús y luego tuvieron un papel activo en la vida de la primera comunidad. Esto es verdad no solo de los apóstoles (el autor hace referencia al conocimiento que Pedro tenía de Jesús), sino también de otras muchas personas. La repentina aparición de los helenistas en Jerusalén como un grupo distinto se puede explicar teniendo en cuenta que la actividad de Jesús en la ciudad santa fue más prolongada de lo que dicen los sinópticos (de nuevo, un dato aportado por la tradición joánica), un tiempo durante el cual Jesús se relacionó con los peregrinos que llegaban a ella (Jn 12,20-26). Algo similar puede decirse sobre la continuidad del movimiento de Jesús en Galilea, donde la memoria sobre él permaneció viva incluso en los ambientes más populares. La primera generación no comenzó de cero con un pequeño grupo reunido en el cenáculo, como cuenta Lucas. Este grupo fue el detonante, pero había ya relaciones trenzadas con personas muy diversas que se manifestaron luego en la pluralidad de grupos de las que hablan las fuentes.

La pluralidad del naciente cristianismo es, en efecto, un dato muy visible. Reducirla a una única trayectoria, como hace Lucas, es una simplificación justificable en un relato teológico, pero no en una indagación histórica. Estudiando la fuente antioqueña, que recoge la mayor parte de las noticias que tenemos sobre los helenistas, el autor acaba cediendo a la sospecha de que no eran un grupo integrado dentro de la única comunidad jerosolimitana, sino un grupo diferente que tuvo dificultades para relacionarse con los que no hablaban griego: “cobra fuerza la sospecha de que en la distinción entre helenistas y hebreos haya mucho más de lo que él (Lucas) nos ha contado” (304). Sin embargo, no sigue esta pista hasta el final.

El relato que ofrece esta obra, paralelo en todo momento al del libro de los Hechos, se va dejando por el camino, como hace Lucas, otras trayectorias del cristianismo naciente, haciendo que pasen totalmente desapercibidos no solo los esfuerzos de otros grupos misioneros, sino también la importantísima tarea que desempeñaron en la primera difusión del evangelio muchos misioneros anónimos que, viajando de un lado para otro, iban dando testimonio de su fe. Muchos de ellos eran judíos que habían peregrinado a Jerusalén y durante su estancia en la ciudad santa habían conocido la nueva secta mesiánica. A ellos se debe la llegada del evangelio a los que con el tiempo serían los núcleos más importantes del movimiento cristiano. Fueron, en efecto, misioneros anónimos quienes por primera vez anunciaron el evangelio a los griegos en Antioquía (Hch 11, 20), y también quienes llevaron por primera vez el evangelio a Roma. Las peregrinaciones a Jerusalén fueron determinantes para la primera difusión del cristianismo, pues gracias a ellas judíos de toda la diáspora pudieron entrar en contacto con los discípulos de Jerusalén. Este hecho explica, entre otras cosas, la centralidad de la ciudad santa durante la primera generación.

Hay todavía una cuestión que tuvo un enorme influjo en la primera difusión del cristianismo y que, sin embargo, aparece tratada de forma muy somera y, a mi modo de ver, insuficiente en esta obra. Me refiero al hecho de que la mayoría de los discípulos judíos que formaban el núcleo directivo del movimiento (incluidos Santiago y Pedro) estaban de acuerdo en que no era necesario que los paganos fueran circuncidados (Ga 2, 8-9), a no ser que quisieran sentarse a la mesa con otros judíos (Ga 2, 11-14; Hch 15). El autor, que es un gran conocedor de las cartas paulinas y de la teología de Pablo, explica este hecho diciendo que el bautismo y la efusión del Espíritu habrían hecho innecesario y caduco el antiguo rito (518-521). Es posible que haya sido así, pero, en todo caso, una cuestión tan decisiva para comprender la difusión del evangelio habría merecido una exposición más amplia en la que se contemplaran otras posibles explicaciones, como por ej. que la convicción de que había comenzado el tiempo final pudo haber sido decisiva a la hora de entender esta incorporación de los gentiles (P. Fredricksen). El horizonte escatológico de la primera generación explica muchas de las opciones que tomaron los primeros discípulos y podría ser también una clave para entender esta.

Señalo, para concluir, algunos (muy pocos) errores de traducción. En las páginas 627ss. sería conveniente unificar la traducción de Rom 15, 19 (“Desde Jerusalén y en todas direcciones”) con la explicación que luego se da de este texto: Pablo entien-

de “su misión como un círculo desde Jerusalén” (630), y traducir, siguiendo el original inglés: “Desde Jerusalén y en círculo”. En la página 834, la traducción “Por todo lo cual sigo dudando...” dice exactamente lo contrario de lo que dice el original: “Therefore, I remain in little doubt...”, que podría traducirse así: “Por lo cual apenas tengo dudas de que...”. En la página 512 donde dice “Juan Pablo” debe decir “Juan Marcos”. Por último, algunos términos menos usados en castellano como “data”, “pactal” o “encomienda” podrían sustituirse por otros más comunes como “fecha”, “de la alianza” o “encargo”, respectivamente. Por otro lado, convendría citar la versión española de libros ya traducidos como el de los hermanos Stegemann o el Jesús de Séan Freyne.

Estas observaciones formales, así como las cuestiones de contenido mencionadas más arriba, no le restan en absoluto valor a esta magna obra. Las setenta páginas de bibliografía que al final recogen los trabajos citados revelan la seriedad de la investigación realizada. A pesar de ello, no es un libro de lectura pesada, pues su redacción es ágil y el planteamiento de los problemas sugerente y atractivo. En su género y con sus opciones no dudaría en calificarla como una obra de referencia.

Santiago Guijarro – Universidad Pontificia – Compañía 5 – E-37007 Salamanca

---

GUIJARRO, S., *La primera evangelización* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 138; Ediciones Sígueme, Salamanca 2013). 237 pp. ISBN: 978-84-301-1825-0. € 18,00

La secularización que afecta al mundo actual ha movido a los últimos papas a plantear en la iglesia una nueva evangelización, preocupación puesta de relieve recientemente en el último Sínodo de los obispos celebrado en octubre de 2012. Santiago Guijarro, profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, sensible a este problema, estudia en esta obra en qué consistió y cómo se produjo la primera evangelización con el fin de sacar aquellas consecuencias que pudieran iluminar la situación presente. El autor quiere reconstruir con las fuentes disponibles los pasos de la primera evangelización, utilizando en todo momento el método histórico, aspecto que se ha de tener en cuenta al valorar los resultados del trabajo. En un tema en el que confluyen tantas implicaciones teológicas y hermenéuticas, éstas quedan en un segundo plano para centrarse sólo en las cuestiones históricas. Aunque parte de esta perspectiva, el autor no cae, sin embargo, en un enfoque meramente historicista puesto que integra perfectamente en su planteamiento la posibilidad de la acción de Dios y la actitud de fe al constatar que toda historia parte de un metarelato que la condiciona. En este caso, la reconstrucción de la primera evangelización sitúa sus resultados en el marco de una hermenéutica creyente de la historia en la que Dios actúa.